

No hay de qué preocuparse

Las preocupaciones

MIGUEL ÁNGEL MANRIQUE

Taller de Edición Rocca, Bogotá, 2018, 200 pp.

TODA VIDA está atravesada por preocupaciones. Toda familia, todo ser, todo trance, todo trabajo, toda aspiración... casi todo en la vida es equivalente a preocupaciones. No es por atender las mentes suspicaces, pero se hace necesario formular la pregunta: ¿qué es una preocupación?, ¿qué son las preocupaciones?

Naturalmente, la respuesta estará condicionada por la circunstancia social, económica, existencial, literaria —la urgencia de Balzac no era la misma que la de Proust, digamos—, del individuo.

Pues bien, en *Las preocupaciones* que retrata Miguel Ángel Manrique gravita un elemento en común: la clase media en general. Y lo marginal, lo ilegal, lo paria, lo cotidiano, lo anodino, en particular.

Se trata de un libro ingenioso y agradable. Un libro que al lector despistado lo desorientará aún más. Un libro con personajes que parecen repetirse —Rodríguez, el procurador Ordóñez, los Headcleaners, entre otros— pero que forman unidades individuales. (Bueno, ni tanto, pues su fondo es monolítico.)

Vamos por partes. Las historias de los Rodríguez hacen saborear una amargura que, gracias al tono utilizado por el autor, es endulzada. Quiero decir, son historias con una esencia triste, pero que gracias al buen humor del narrador se amalgaman en entramados a los que, además, se les puede destacar la puntualidad en la frase, el desligamiento de artificios, la atención a la historia. No hay merodeos, no hay disquisiciones, no hay ripio: Manrique es un narrador certero.

Hay fabulaciones mejor elaboradas que otras. “Causas naturales”, el cuento que abre el libro, posee un humor corrosivo. Rodríguez, un viejo científico, cuenta la manera en que creó las burbujas que ayudan a mejorar la memoria. Los diálogos, además de ilustrar su propósito, son amenos:

—Mi apartamento está en el cuarto piso, estimadas señoras, es el 401.

Rodríguez, pensativo:

—Qué coincidencia. Sepa usted que en mi dormitorio tengo una cama, cubierta con un edredón vino tinto, se halla entre el baño y la biblioteca.

—Mi dormitorio tiene también una cama con un edredón vino tinto y se encuentra entre el baño y la biblioteca.

—Entonces, señora, vivimos en la misma habitación y dormimos en la misma cama. Quizá sea allá donde nos hemos visto.

—Es muy posible que nos hayamos encontrado allí y tal vez anoche. (p. 14)

La vejez es infalible, es irrefutable. Y por eso, al final la frase de Rodríguez es dicente: “Que dentro de nosotros viven unos eternos muchachos que no registran el paso de los días, que quieren seguir siendo eternamente jóvenes” (p. 27).

El relato que lleva el nombre del libro también es destacable. No se trata de una narración fulgurante, mas sabe capturar a su modo la angustia del diario vivir de una familia común y corriente. Rodríguez arriba a los Montes de María a dar clase de filosofía sin ser profesor; allá se enamora de Amparo; tienen una hija; salen a Bogotá en busca de mejor suerte. Se hospedan en la casa de unos tíos. El trabajo parece no prosperar.

—Dime la verdad —lo increpó Teresa.

—La verdad es que nunca pisé los pasillos de la San Anselmo.

—¿Eres idiota o qué, por qué nos engañaste?

—No sé. No tenía motivo para ir a la universidad.

—No se es ladrón a medias [...].

—¿En qué piensas?

—En el futuro.

—No dejes que te moleste, además, cada día trae su afán. (pp. 44-45)

Lo mismo podría decirse de relatos como “Genética popular”, que muestra el transcurrir de una pintoresca familia; “Rodríguez bar”, que hace del fracaso y del arribismo material de humor; “La prima Amanda”, que hace efectiva la fantasía sexual entre un joven y su prima; “Titulares de prensa”, que sabe contar una historia descarnada y semejante a la circunstancia de muchos colombianos.

Ahora que vuelvo a repasar los cuentos veo otra cualidad destacable en este libro: son historias cercanas con las que, de alguna manera u otra, el lector se identificará. El tapiz desesperanzador está matizado por la vida misma, porque a pesar de los desasosigos de la existencia, se sigue combatiendo por ella.

Es un lenguaje limpio, honesto, y eso hay que reiterarlo, porque es una característica escasa. Uno puede leer narrativa y disfrutarla pese a ciertas falencias que, en este caso, no se presentan: pues aquí las palabras están meditadas, y eso hace sentir que no sobra nada. *Le mot juste*, que tanto preocupó a Flaubert.

Vuelve y lo demuestra en “Terapia budista”, donde la buena gracia de nuevo combate el desespero y agotamiento de una mujer que no puede desprenderse de la vigilancia estricta y dañina de su madre ya fallecida.

Para ella Julio fue un escritorzuelo; César, un gordo corrupto; David, un don nadie; Harold, un profesorsucho; Humberto, un sádico; Guillermo, un tipo confuso; Andrés, un estúpido; Ernesto, otro estúpido; Luis se perdió; William fue un caso clínico; Sergio era demasiado romántico; Antonio vivía en su mundo maravilloso; Alfredo era muy hablador; Mario, un mamerto; José era vulgar; Salvador un desgraciado ególatra [...]. Pero ninguno de ellos fue del gusto de mi madre. ¿Cómo cree que me sentí durante todos estos años? Desgraciada, infeliz, sola; fui una adolescente llena de soledad. (pp. 178-179)

También es divertido el relato “La

última balada de los Headcleaners”, que se pasea por la vida de los integrantes de la banda que se suma al mítico club de los 27, con un ingrediente adicional, y es que, como han sido mencionados a lo largo del libro, uno los siente familiares.

Hay una constante en *Las preocupaciones* que no resulta del todo sustancial; me refiero a piezas como “Cannabis & Cía.”, que se inmiscuyen en la génesis, el desarrollo y las postrimerías de un negocio ilegal. No estorba, no molesta; de hecho por aquí desfilan varios de los personajes reiterados. Pero por lo menos a mí me queda la sensación de que uno puede pasar por aquí de soslayo.

Y colorín colorado, *Las preocupaciones* han terminado. Bueno, no: preocupaciones hay y habrá siempre. A cambio, Miguel Ángel Manrique nos regala un bello y jocoso conjunto de retratos.

Jair Villano